

LIBROS

Un laberinto común

"El mundo no se ocupa de provincias", escribió el siglo pasado un gran pensador argentino, Juan Bautista Alberdi. Juan Marichal, canario universal en Harvard y uno de los grandes hispanistas de nuestro tiempo, retoma esta sentencia de Alberdi para mostrar el sentido último de su volumen "Cuatro frases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)", en que se recogen cuatro conferencias que pronunció hace poco en la Fundación March, en Madrid. Entiendo Marichal que el mundo hispánico va mucho más allá de los meros compartimentos estancos "provincianos", y que el destino manifiesto del mundo iberoamericano es constituir una sociedad común transnacional. Repetidamente, Marichal ha mostrado su propósito y talante integradores "por dar a la historia de los pueblos de lenguas ibéricas la perspectiva universal que sus gestas y sus sueños exigen para poder valorarlos como merecen". En este generoso empeño intelectual está emplazado Marichal desde hace treinta años en Harvard.

En el libro que comentamos, Marichal se enfrenta resueltamente con el tópico de que en América Ibérica no ha habido vida intelectual propiamente dicha. Aunque advierte que "es manifiesto que los países de lenguas ibéricas no han sido creadores de ideas-matrices, de ideas-núcleos", sí "han abundado, en cambio, los opinantes, los matizadores de ideas, los quijotescos vivientes de ideas". No se trata de que la vida intelectual iberoamericana haya sido de segundo orden, meramente importadora y adaptadora de ideas foráneas. Marichal introduce el feliz concepto de "refracción ideológica", una refracción que da frecuentemente nueva luz a ideas que quedaron difuminadas en su originaria luz natal. Desde esta perspectiva es un error considerar la historia intelectual de Iberoamérica como meramente complementaria y auxiliar de la europea. Esta es la gran tesis de Marichal. En



Juan Marichal.

el trabajo que comentamos, el gran hispanista realiza cuatro calas del pensamiento iberoamericano de los dos últimos siglos y analiza los momentos más representativos —desde Bolívar a Octavio Paz— de un proceso que alcanza en estos momentos una verdadera proyección universal.

Ya desde antiguo se ha quejado Marichal de que el gran interés que en Europa y los Estados Unidos ha despertado la novela latinoamericana no ha venido acompañado de pareja difusión de los ensayistas del continente. En su prólogo a "La voluntad de estilo", Marichal escribió que, no obstante la obvia calidad artística de los novelistas, los grandes ensayistas de lengua castellana serán a la larga las voces más perdurables de la América Latina. Además, para Marichal, en la densidad intelectual de su prosa y en la amplitud de su curiosidad de estos ensayistas está el punto de partida de las exigencias artísticas de los grandes novelistas actuales de América.

Para Marichal, y esta es la conclusión de sus conferencias sobre la historia intelectual latinoamericana, la América hispánica ha entrado en una fase de exportación de ideas-matrices. Y ve en Octavio Paz su representante más genuino, cuando el escritor mejicano exclama: "Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres... Todos estamos ya al margen, porque no hay centro... Nuestro laberinto es el de todos los hombres". El laberinto de Octavio Paz es, para Marichal, no un sino excluyente —individual o colectivo—, sino precisamente un punto de partida hacia una nueva sociedad. El gran tema de nuestro tiempo es

para Paz como encontrar la salida del laberinto de la soledad, sin caer en las diversas trampas políticas que niegan la libertad individual. ■ PEDRO FERNAUD.

"Carne de trueque"

El fenómeno de la novela "negra" parece intimamente relacionado con el desarrollo del capitalismo, con la formación de aglomeraciones urbanas gigantes regidas por la ley de la jungla, la masificación y el derrumbe de los valores morales barridos por el estallido del nuevo modo de producción. El nuestro es, por tanto, un país de ciudades plenamente capacitadas ya para el florecimiento de la temática de la "serie negra".

En una interesante colección (1), en la que ondean nombres como Borges y Bioy, Jorge Campos, P. García, García Pavón, Lourdes Ortiz, Tomás Salvador, María Aurelia Capmany, Félix Martínez Orejón (Fel Marty), aparece ahora "Carne de trueque", de Fernando Martínez Láinez: la novela reúne a placer un muestrario de claves heredadas y asimiladas que la hace convertirse, en cierto sentido, en un intento de búsqueda "autóctona" dentro del género.

"Carne de trueque" es doble-

(1) "Club del crimen". Editorial Sedmay. Madrid.

Fernando Martínez Láinez.



mente hábil, porque funde en sí una identidad política con otra genuinamente de intriga, policial, de espías o como queramos llamarla. El tema abarca ambos aspectos. Asistimos a la implacable persecución de un "supergente" por otro, al sangriento ajedrez de los "servicios" de ambos bloques, pero los hechos nos "llegan" además con mayor fuerza porque el escenario es Madrid (una ciudad añusgada de coches, de humo, de mala leche, de mediocridad), reconocible a cada paso, y los protagonistas del feroz duelo, gente niña en la guerra española, marcados uno y otro, por la atroz experiencia, obligados por los opuestos exilios a convertirse, en el momento supremo de su enfrentamiento, en "carne de trueque" de intereses en la sombra. En los avatares del acoso se filtran frecuentemente reminiscencias significativas de la historia de nuestra época —la revolución cubana, la resistencia antinazi en las estepas soviéticas, los combates fratricidas en la Casa de Campo—, y ese telón de fondo explica en todo instante a los personajes, su fría ejecución de unas órdenes que en el fondo saben que jamás podrán entender hasta el tuétano. Otro acierto sociopolítico del libro es el protagonismo de un comisario madrileño, Martín, atrapado entre el deber profesional, una situación de cambio y confusión en las altas esferas españolas y una existencia cotidiana y familiar tan ruin como la de cualquiera en esa ciudad áspera.

Pero, haciendo abstracción del entorno macro y micropolítico, "Carne de trueque" es novela que se integra perfectamente en el armazón del género "negro". El lenguaje es en todo momento sórdido, despectivo, despreciado al máximo, como las vidas que nos muestra. En la persecución central, están vivos elementos imprescindibles como el honor, la eficacia, el desencanto por lo que se ha hecho siempre y hay que hacerlo al menos una vez más. No falta el ramalazo de humor chirriante, el mordisco irónico. Y hay la tampoco inocente sugerencia, por parte del autor, de la similitud entre el género y la novela de caballerías, a veces con entera explicitud trágica del símbolo: "La leyenda dice que Durandarte murió al pie de una gran montaña, debajo de una haya y con una piedra por cabeza". ■ MIGUEL BAYON.